

## HOSPEDAD EN VOSOTROS LA HOSPITALIDAD

Enzo Bianchi

La palabra "acoger" en un momento en el que, en nuestro país oímos incluso hablar de "rechazos" no se puede dejar que al margen la dimensión social (y política) que conlleva. Compartir sobre esto en las comunidades de los más grandes y confrontar las diferentes posiciones a la luz de la palabra de Dios, podrá hacer emerger contradicciones y temores o hará nacer aspiraciones generosas e iniciativas de acogida y de apertura.

Hoy en día, la práctica de la hospitalidad al estilo utilizado por los pueblos nómadas de Oriente Medio, del cual da fe el episodio de Abraham en Mambré, aparece cada vez más difícil: esa antigua costumbre, presente en todas las culturas como un deber sagrado, la estamos perdiendo, sobre todo en lo que llamamos civilización "occidental". Las causas de este fenómeno son sin duda múltiples. En primer lugar, el declive de la práctica de la hospitalidad es causada por la naturaleza consumista de la sociedad occidental. El mercado de hoy se ha apoderado también de la hospitalidad pero arrebatándole la gratuidad y convirtiéndola en un asunto comercial, en un negocio. También hay que tener en cuenta el cambio de la tipo de presencia de extranjeros en nuestras sociedades. Una presencia ya no es esporádica o estacional, sino consistente, estable, y - a diferencia de los flujos migratorios conocidos desde el siglo XIX - "plural": los extranjeros vienen a nosotros de países, culturas y mundos religiosos distantes de nosotros y también entre sí. Como resultado, muchos de los "autóctonos" se sienten amenazados en su identidad cultural y religiosa, así como en lo que concierne al empleo y a la seguridad, por lo que los extranjeros acaban originando miedo. El miedo a los que son diferentes, y el repudio de las formas culturales, morales, religiosas y sociales distantes de nosotros, acaban por empujar siempre con rapidez hacia la esfera de la "privacidad", el aislamiento, el cerrarse al otro, tal vez enmascarado por la custodia de la propia identidad.

También debe reconocerse que, poco a poco, esta actitud de desconfianza y de defensa tiende a contaminar todas nuestras relaciones, por lo que terminamos por no practicar la hospitalidad ni siquiera con los que no nos confrontamos porque los consideramos "próximos", es decir, los que están "más cerca", los que viven a nuestro lado compartiendo el mismo idioma y la misma cultura. Por eso nuestras casas se parecen cada vez más a fortalezas protegidas por cerraduras, puertas, portones, sistemas de alarma, cámaras, vallas y paredes, tanto que nos hemos convertido en esclavos de una mentalidad que se estrecha y se cierra ante lo que aparece como "otro", desconocido, nuevo, diverso. Terminamos entonces por concebir la hospitalidad como dirigida sólo a los que invitamos, pero el invitado no es un huésped, ni las atenciones que le prestamos no son las de la hospitalidad ... El otro, el verdadero otro, en cambio, no es aquel a quien escogemos para invitar a nuestra casa - quizás con el pensamiento de ser invitados a la suya (cf. Lc 14.12 a 14) - sino uno que emerge, sin elegir, ante nosotros, que llega sencillamente como fruto de la casualidad o por una trama tejida por nuestra vida, porque "la hospitalidad es un cruce de caminos." El otro es aquel que está ante mí como una presencia que requiere ser aceptada en su diversidad irreductible; no importa si pertenece a otro grupo étnico, a otra fe, a otra cultura: es un ser humano, y esto debería ser suficiente para que nosotros le acojamos. En otras palabras, ¿por qué dar hospitalidad? Porque son hombres, para llegar a ser hombres, para humanizar la propia humanidad. O si entra en la conciencia de cada uno de nosotros, en cuanto venido mundo, él mismo es huésped de lo humano, o la hospitalidad correrá el riesgo de permanecer entre los deberes a cumplir: estará tal vez entre los gestos éticos significativos, pero se situará en un plano básicamente extrínseca y no se convertirá en una respuesta a la vocación profunda del hombre, que es darse cuenta de su humanidad mediante la aceptación de la humanidad.

El considerarse huéspedes de lo que humano que hay en nosotros, huéspedes y no anfitriones, puede sin embargo ayudar a cuidar lo humano que hay en nosotros y en los demás, para salir de la indiferencia y el rechazo de la compasión, la única que nos puede llevar a comprometernos con el otro en su necesidad. Los pobres, los sin techo, el vagabundo, el extranjero, las personas sin hogar, cuya humanidad es humillada por el peso de la privación, el rechazo y el abandono que originan el desinterés y la extranjería, comienzan a ser aceptados cuando yo comienzo a sentir como propia la humillación y la vergüenza, cuando me doy cuenta de que la mortificación de su humanidad es mi propia mortificación. Entonces, sin sentidos inútiles de culpabilidad y sin hipócritas buenas sensaciones, puedo iniciar una relación de hospitalidad que me lleva a hacer todo lo que está en mi mano para el otro.

(Enzo Bianchi, Il Sole 24 Ore, del 23 maggio 2010)